

La hermandad de la miseria (1)

Ricardo Melgar

Los signos culturales del neoliberalismo en boga, posibilitan

muchas lecturas cruzadas o yuxtapuestas, las que abren las etnografías de la marginalidad, las crónicas periodísticas, los reportajes fílmicos y obviamente la narrativa. Gabriel Mateo Díaz Garcilazo, oriundo de Zacatepec y residente de Cuernavaca, nos sorprende con su novela breve La hermandad de la miseria (Edamex, 1995)

Texto narrativo que de pronto parece borrar las fronteras entre la novela y la crónica, habla tanto de la miseria moral de la herman-

dad, esa mafia que expolia y oprime a la niñez, pero refiere también esa otra moral que construye hermandades en la miseria abierta de las calles y los barrios, esa miseria que hermana al Chorizo, la Rana, el Murciélago y el Chapulín en el montaje de una estrategia inevitable de supervivencia. Esta aproximación entre la crónica periodística y la narrativa breve llámese cuento o novela, se da a partir de la apropiación de tópicos triviales, tan pueriles como cuando la vida y la muerte aparecen banalizados y depreciados en el espacio público, en las calles y plazas de cualesquiera de nuestras ciudades. El año pasado, vimos consternados como la sangre devino en arma simbólica de la protesta laboral en el país: enfermeras, maestros y barrenderos, optaron por extraerse su sangre y arrojarla sobre las estructuras físicas en que se aposentan los pequeños núcleos de nuestra insensible tecnocracia neoliberal. La vida ya no vale nada según el dictado del mercado, obviamente tampoco su símbolo mayor: la sangre. La vieja semántica cristiano-occidental de que «la sangre es vida» según reza el Deuteronomio (12:33), tratándose de los niños «desechables», de los indígenas excluidos o de los muchos otros marginales, ha permitido la apuesta en el mercado de nuestro tiempo.

Los niños de la calle de la Ciudad de México que detalla Díaz Garcilazo, son también los niños de la calle de Cuautla y Cuernavaca, su drama y su miseria es la misma.

La aproximación entre la crónica y esta narrativa de la que venimos hablando, apuesta a darle voz a los que no la tienen como agudamente ha señalado Carlos Monsiváis. La Hermandad de la Misericordia de Díaz Garcilazo, se inscribe en una corriente temática de nuestro tiempo, que juega como bisagra entre ésta y crónicas notables como la del Bolero triste (1982) de Cristina Pacheco o la Breve Historia de Joselito de Gonzalo Valdés. La violencia

continúa en la página 12



EDITORIAL

La Candelaria de Chalcatzingo

Recuperación de sus valores

Heladio Rafael Yañez

A cuarenta años del inicio de la restauración de los monasterios de Cuernavaca y Yecapixtla y después de una tenaz insistencia por conservar nuestra arquitectura histórica, los frutos comienzan a manifestarse: el primero le tocó a la Capilla Barrial de la Candelaria de Chalcatzingo. En este empeño se conjuntaron diversas fuerzas: la Iglesia de Morelos, el Estado (SEP, Sedesol, INAH, Conaculta, Gobierno del Estado, el municipio de Xantetelco, la ayudantía de Chalcatzingo), los vecinos del barrio y un grupo de "tercos" defensores de los testimonios históricos de nuestra cultura regional; TODOS nos dimos cita el día primero de febrero en la capilla para recrear la fundación de este barrio y su capilla que hoy recobra sus valores históricos, antropológicos, técnicos y jurídicos cristianos. En estas obras siempre quedarán fuera de escena los tramoyistas, apuntadores iluministas y demás hacedores de las infraestructuras, pero quiero mencionar a tres protagonistas principales, entre todos: en primer lugar a los vecinos del barrio, constructores y usuarios de la capilla, después a la arq. Eulalia Silva, incansable buscadora de los recursos necesarios y al arq. Miguel Ángel Rodríguez el restaurador con larga historia en Morelos, quienes llevaron la responsabilidad mayor.

Recuperando el origen histórico de la Iglesia, el Concilio Vaticano II dice que "entre las actividades más nobles del ingenio humano se cuentan con razón, las bellas artes, principalmente el arte religioso y su cumbre, que es el arte sacro" (Vaticano, Documentos, Ed. Bac. España 1976, pag. 173); también menciona el carácter de los grupos donde se establece, cuya diversidad muestra la acumulación de un tesoro histó-

co y artístico "digno de ser conservado"; también dice que los clérigos se preocupan por ello y si tienen que hacer algo que no sepan hacer, que recurran a los especialistas; debido a la depredación que han sufrido nuestros testimonios históricos, el estado ha tomado bajo su tutela la protección del patrimonio histórico con el fin de preservar también nuestra identidad nacional. La UNESCO también.

La Capilla de la Candelaria es el centro barrial de un posible antiguo asentamiento que los españoles encontraron junto con los barrios de San Mateo y el de Los Reyes y que organizaron como el asentamiento colonial que llamaron Chalcatzingo; desconocemos su nombre original. La construcción es muestra de la arquitectura que impulsaron los evangelizadores: un espacio cerrado, muros de piedra, bóveda de cañón y una fachada barroca que se parece a la de las otras capillas; en la construcción leemos parte de la historia del barrio, porque forma parte del substrato urbano donde renacieron y se desarrollaron las tradiciones, en particular la de la festividad de la Candelaria; presentación del Señor, fiesta de la luz cuyo símbolo todavía vemos en las velas y veladoras que llevan nuestra gente. La arquitectura expresa bien el carácter simbólico de la tradición franciscana cuyas raíces se hunden en el platonismo cristiano y que busca depurar el grosero materialismo religioso que convierte al arte sacro en fetiches operantes por sí mismos.

Esta recuperación debe ser el inicio de la reanimación de una nueva cultura cristiana que considere dentro de la práctica religiosa la conservación de este testimonio histórico de nuestra cultura regional.

Mitos sobre la vida del hombre prehistórico

página 13

Los Frescos de Diego Rivera

página 14

La hermandad de la miseria

viene de la primera plana

intergeneracional, de adultos a niños aparece como una constante en la novela, también agregaré que en la realidad. No he de detallar la trama, no se vale, sugiero y recomiendo que lean la novela. La ruda realidad y el lenguaje descarnado de los niños indican una positiva aproximación a su medio.

Elo no quita que mencione algunos ejes polémicos: las figuras femeninas se restringen a la Maldita Hiena que maltrata hasta la muerte al Murciélogo, la buena señora clase mediera que acoge al Chorizos y lo encauza por la vía de la moral divina y esa llorona vestida de Catrina que salva al personaje principal por salvar a su vez al hermano descañado, revelan el mayor desajuste con el horizonte valorativo de los niños de la calle sobre lo femenino. Otro eje polémico lo brinda la trama de las imágenes religiosas franciscanas, las cuales aparecen para mi gusto un tanto forzadas; me diera la impresión que revelan más la angustia del escritor por buscar una salida al problema de los niños de la calle, a su búsqueda por armar una moral y una esperanza alternativa, la propia imagen del incendio devastador aparece casi como una imagen apocalíptica, acaso para limpiar de pecado la miseria.

Considero que la literatura no tiene porque obligarse a dar salidas, los escritores comprometidos sí, pero existen otros medios y espacios. El drama de los niños de la calle va más allá de un problema moral o religioso.

La pregunta inevitable que suscita este texto dice: ¿Qué fuerzas subterráneas gravitan sobre la subjetividad de los narradores, para orillarlos a montar sus tramas narrativas sobre los niños de la calle de nuestras ciudades, precisamente en el curso de estas dos úl-

timas décadas?

Se equivocan quienes ven en la relación entre la ficción literaria y la existencia, una oposición entre la mentira y la verdad, la ilusión y la realidad. Hoy en día los antropólogos, sociólogos e historiadores, hemos redescubierto



tiempos de nuestros prejuicios positivistas.

Desde esta óptica, podemos valorar las palabras de Díaz Garcilazo cuando en una casi escondida nota de autor afirma: «Esta es una historia ficticia, sin embargo los personajes que aquí aparecen son tan reales como usted y yo; andan llevando sus vidas a cuestas», p.6. Dicho de otra manera, la ficción contruye en este caso relatos sobre personajes posibles y verosímiles de nuestro mundo, por eso nos fascina su lectura.

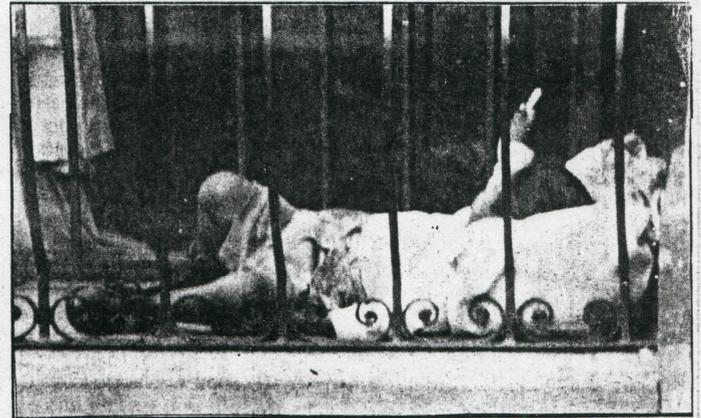
Pero volvamos sobre la pregunta de otro modo ¿Cómo nuestro tiempo y nuestra realidad guían las tramas narrativas de nuestros escritores? ¿Por qué los niños de la calle? Si bien podemos encontrar antecedentes remotos de algunas piezas literarias sobre los

huérfanos y desamparados urbanos, los contextos y tiempos en que aparecen deben diferenciarse. Quiero decir con esto que el tiempo narrativo de las miserias del Chapulín, el Ranas, el Murciélogo y el Chorizo corresponde a nuestro tiempo, a los años ochenta y

agrícolas en los valles de Mexicali y San Quintín, trabajando jornadas de 10 horas los siete días de la semana. En la ciudad de México, un millón de niños trabaja sin límite de jornada en la economía informal y a nivel nacional 12 millones. De cada mil niños 896 son extorsionados por los distintos cuerpos policíacos y dueños de los lugares donde operan (Caracterización del niño callejero, Centro Mexicano para los derechos de la Infancia), el 90 por ciento de los niños infractores de la ley, han sido objeto de maltratos diversos en sus casas según estadísticas presentada por el Coordinador de Asuntos del Menor de la procuraduría capitalina (Novedades, 27/4/1996). No son diferentes los reportes testimoniales sobre el trato a los niños de la calle de Cuernavaca.

Frente a este panorama desolador, entre el dilema de una opción asistencialista que se vé rebasada por la lógica implacable de nuestros neoliberales de turno, desde mi particular óptica, prefiero votar en contra del neoliberalismo y sus espejos biza-

noventa de este siglo que estamos viviendo y ya se nos acaba. Este tiempo marcado por los signos



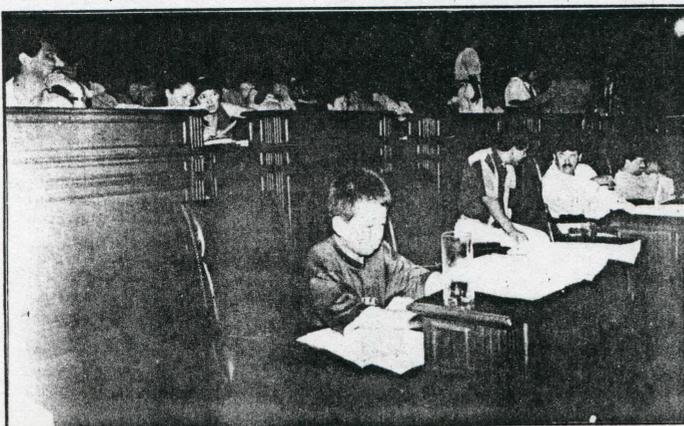
aprobiosos del neoliberalismo, ha multiplicado con creces las miserias urbanas y rurales, para satisfacer la voracidad mercantil de banqueros usureros, narco-empresarios y transnacionales. En las ciudades norteamericanas quince millones de niños se encuentran en la pobreza, cifra record para el otrora paradigma de la opulencia.

Gracias a ese espejo telecista en que nos queremos seguir mirando, crecen nuestros niños desamparados y nuestras miserias.

¿Dónde quedaron los derechos del niño, la penalización del trabajo infantil, los amparos de la propia constitución? Se esfumaron, la magia de nuestros tecnócratas tiene su público cautivo. Los jornaleros de Baja California representan el 30 por ciento de los jornaleros

rros a escala planetaria, nacional o morelense. La globalización ha universalizado y particularizado esta mala semántica del fin del milenio.

(1) Versión corregida del texto leído con motivo de la presentación del libro, en el Museo Casa Morelos del INAH, Cuautla, 1996.



Si las leyes las dictarán los niños el mundo sería un castillo de membrillo.

Mi Mito sobre la vida del hombre prehistórico

Barbara Konieczna

Frecuentemente, nos encontramos con la idea de que nuestros antepasados llevaban una vida primitiva, con una capacidad de pensar limitada y, en general, el período llamado prehistoria, es considerado como una etapa de «barbarie» en el complejo y largo desarrollo del homo sapiens.

En este breve escrito voy a tratar de demostrar que el «cliché» que manejamos sobre la vida del hombre prehistórico es bastante alejado de la realidad y que apreciemos el gran valor, destreza e imaginación que caracterizó a nuestros antepasados.

La especie de la que nos ocuparemos aquí es la de la última etapa del desarrollo del hombre, el llamado homo sapiens sapiens, nuestro antepasado directo. El homo sapiens sapiens hace su aparición en la tierra hace alrededor de 40-30 mil años. Los rasgos del esqueleto de esta especie, así como la capacidad craneana, son iguales



Talla de herramientas.

a los del hombre actual, con la única diferencia que se ha observado en los hallazgos óseos, que concierne a la estructura más maciza de su esqueleto.

El homo sapiens sapiens es la especie humana que emprende la tarea de poblar América. Los hallazgos más antiguos de su estancia en este continente se remontan en México a 30 mil años antes del presente. De los restos de su cultura material que se han preservado y encontrado, podemos

deducir de que manera vivían estos primeros pobladores y que tan complejo era el raciocinio de ellos.

Tomando en cuenta la línea del desarrollo de la economía del hombre, en general, esta etapa se denomina «Nómada». Así, con una imagen prefabricada, se nos presenta a unos hombres todavía medio lanudos, peregrinando por las frías estepas o

tundras, acampando en las cuevas y cazando los mamuts. El contenido de este cuadro es bastante distante de la realidad.

El hombre homo sapiens sapiens de esta época, efectivamente no establecía todavía las aldeas permanentes para poder desarrollar su

vida, pero tomando en cuenta los hallazgos, así como lo complejo de estos restos, podemos deducir que frecuentemente los asentamientos tenían una ocupación por varios años, siendo a veces reutilizados de nueva cuenta, pasado cierto tiempo. El hombre buscaba un lugar donde podía abastecerse de la comida, del agua, protegerse, así como tener el acceso a los recursos de la materia prima para elaborar sus herramientas de piedra.

La economía de subsistencia de estos hombres que convivían en grupos, se basaba principalmente en la recolección de hierbas, semillas y frutos, así como en la caza de animales pequeños y pesca. Las imágenes de los cazadores de mamuts, como la única tarea a la que se dedicaba el

hombre prehistórico, no son del todo ciertos. Los mamuts vivían en un medio ambiente muy determinado, que por lo general correspondía a las zonas pantanosas y lacustres. Estas áreas no siempre eran de preferencia y de agrado como lugar del hábitat del hombre prehistórico. Por el otro lado, la tarea de cazar a un animal de tamaño tan grande y peligroso, requería de una

táctica compleja para su captura, así como de toda una estrategia de caza y gran cantidad de hombres que tenían que participar en este gran esfuerzo. Al imaginarse esta clase de alimentación, podemos darnos cuenta que estos hechos sucedían de una manera esporádica, sin negar que se llevaban a cabo, pero no como base de la subsistencia alimenticia.

Otro factor que influía en cierto grado de «sedentarismo» en estas comunidades, era el hecho de la necesidad de las herramientas de piedra, utensilios básicos para la supervivencia, aunque sabemos que también se usaban los artefactos de hueso y de madera.

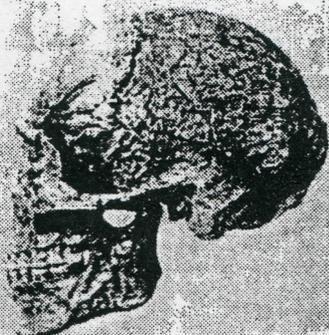
El conocimiento de la ubicación de los buenos yacimientos de materia prima, aseguraba al grupo un gran bienestar y una ventaja sobre los demás. Adjunto a los yacimientos, con frecuencia se establecían los talleres de tallado de las herramientas.

Estos, eran atendidos por los expertos artesanos, que al correr del tiempo, perfeccionaban su técnica de elaboración de los utensilios. En los lugares muy distantes, retirados cientos de kilómetros, se encuentran herramientas procedentes de los yacimientos de piedra de buena calidad, por lo que podemos deducir que ya desde esta temprana época se comerciaba con los objetos de valor, recibiendo posiblemente a cambio el abastecimiento de alimentos, para poder permanecer más tiempo en el lugar.

La duración de poder sobrevivir en un solo asentamiento dependía del agotamiento de los recursos naturales. Con una economía de explotación sin saber de que manera se podían renovar los recursos, estos, según la región, pronto se acababan y el grupo tenía que trasladarse a otro lugar. El estable-

cimiento de los talleres de producción de herramientas, como se ha mencionado, permitía quedarse más tiempo y en consecuencia, estos grupos han desarrollado hacia su interior, una marcada división de trabajo, producción de los excedentes temporales y una estructura de sociedad más compleja. Así, en estos asentamientos temporales encontramos que sus habitantes tenían ciertas manifestaciones ideológico-religiosas, que se han reflejado, en algunos casos, en la elaboración de pinturas rupestres, y en otros, en los entierros de los individuos sepultados de acuerdo con algún tipo de ritual.

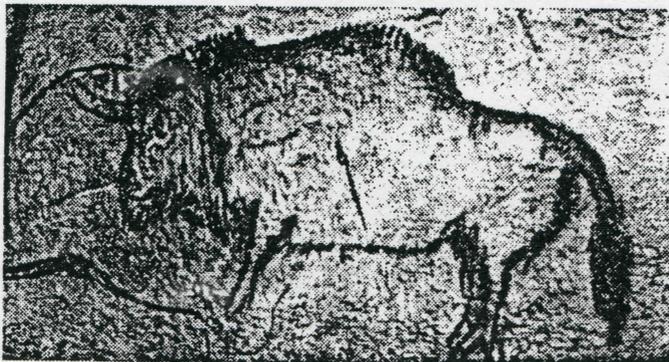
Como hemos visto, el homo sapiens sapiens, desde sus inicios, ha desarrollado un complejo conocimiento de su medioambiente, de su explotación y de la sobrevivencia. No sabía renovar su contorno, sus recursos, pero poco a poco, haciendo su vida más sedentaria, aprendió convivir de una manera armoniosa con la naturaleza. El homo sapiens sapiens de hoy día, tampoco sabe explotar racionalmente los recursos que le proporciona la naturaleza, y apenas está iniciando un proceso de aprendizaje de su cuidado y renovación.



Cráneo de homo sapiens antiguo.



Apariencia del Homo sapiens antiguo.



Los Frescos de Diego Rivera

En el corredor principal del palacio de Hernán Cortés, conquistador de México, que levanta, en el perfecto y despejado cielo de Cuernavaca, su roja arquitectura despertando no sé que recuerdo de las casas de cartón recortadas y luego armadas por nuestras manos infantiles, encontramos nuevas pinturas murales de Diego Rivera. La visita de estas pinturas se hace indispensable cuando la naturaleza, pródiga en delicados panoramas y en inesperadas y suaves perspectivas, acaba por fatigar al viajero que pasa o se queda en Cuernavaca. Se tiene entonces, en medio del esplendor de un paisaje natural y regado, una muestra de lo que la invención del hombre puede alcanzar sometiendo a la naturaleza que se ofrece a sus sentidos a un orden nuevo, objetivo e interior a un solo tiempo.

La labor de Diego Rivera fué patrocinada aquí por el Embajador americano Dwight W. Morrow, su apasionado admirador. El tema de estas pinturas murales no es otro que la conquista de

México por los españoles.

Dos pequeños muros laterales y un muro central, mucho más extenso, se hallan de la representación personal del punto de vista personal de Diego Rivera acerca de los acontecimientos que se desarrollaron a raíz de la invasión de los conquistadores españoles en tierras mexicanas.

La proporción del corredor y la poca altura de los muros obligó al pintor a realizar una decoración de dimensiones modestas. Los numerosos figuras que cubren las paredes son, por lo general, pequeñas. El dibujo y el colorido revelan claramente que Diego Rivera quiso y logró hacer de esta decoración mural una obra dirigida directamente a la mentalidad simple e ingenua de las mayorías. Por ello tiene algo de la imaginaria popular que se expresa sobre todo en los retratos de Zapata y Morelos, que recuerdan los ejecutados por nuestros anónimos grabados en madera, de tracción popular.

Algunas escenas de la vida precortesiana, los primeros encuentros guerreros entre

españoles e indígenas, la entrada de los españoles a Cuernavaca, los trabajos a que los españoles sometieron a los indígenas y las relaciones entre los frailes misioneros y los indios, son los temas salientes de esta decoración. Sorprende, desde luego, el dibujo, inspirado en el de los códices, con que Diego Rivera trata las escenas de la vida religiosa de los indios. Luego el colorido fácil y atrayente usado en el muro que representa la entrada de los españoles en Cuernavaca. En esta escena puede verse cómo los españoles han dejado sus cabalgaduras y sus resonantes armaduras para escalar los árboles que, inclinados sobre la barranca, les sirvieron de puente para pasar de un lado a otro, un indígena, traidor a los suyos, les muestra el modo y el camino. Un dibujo atrevido y un dinamismo notable son las cualidades que se funden al notable colorido de este muro.

Más que la composición general de las escenas del tianguis o del campo, en que se mira a los frailes y a los indios o al encomendero que hace trabajar como a una bestia de carga al indio en los campos de caña, sorprenden algunos detalles aislados: naturalezas muertas o figuras de indios, resueltas sintéticamente, que revelan la maestría de Diego Rivera no oculta ni en decoraciones como ésta de sabor marcadamente popular.

Siguiendo la decoración colorida, en la parte baja de los muros del corredor puede verse una serie de falsos relieves grises en que, con la

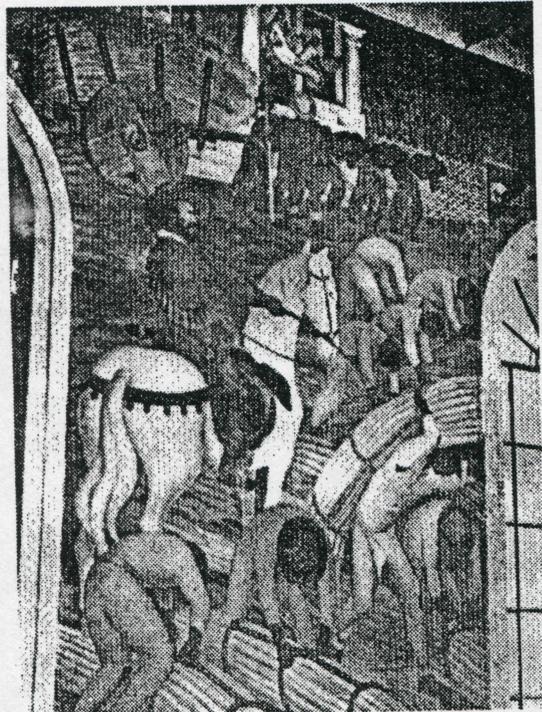
habilidad que le es característica, Diego Rivera ha fijado nuevas escenas de la conquista.

Dentro de la obra de Diego Rivera, esta decoración del Palacio de Cortés en Cuernavaca no representa una de las notas dominantes.

Concebidas a una escala física de gran modestia y dirigida al sentimiento popular contiene, sin embargo, fragmentos inolvidables y toda ella da una grata impresión, la misma que se experimenta ante los grabados de la imaginaria popular. Arte menor del que no hay que esperar sino el sabor ingenuo y la armonía sencilla que se des-

prende de un corrido popular, ejecutado con la gran destreza de un pintor que puede darse el lujo de volver a parecer espontáneo y sencillo.

Autor: Xavier Villaurrutia
Revista: MAPA; T:II; No. 14,
Año: 1937
Comp. Irene Domínguez L.
Fotos: «Morelos Histórico y romántico» de Andres Tirlau, México, 1956.



tamoanchan número 16

UNA CRONICA DE HISTORIA REGIONAL

Es un suplemento semanal editado por

FAUDEM ElRegional INAH

Cualquier información, sugerencia o publicidad dentro de este suplemento, favor de dirigirse a nuestras instalaciones en la Avenida Palmas # 111 Fraccionamiento Bella Vista, c.p. 62170, en Cuernavaca, o al Teléfono (73) 13-28-93

LUNES 04 de noviembre de 1996